La Casa de Bernarda Alba

Federico García Lorca

MARTIRIO. Nos vamos a cambiar la ropa.

BERNARDA. Sí; pero no el pañuelo de la cabeza. (Entra Adela.) ¿Y Angustias?

Bernarda. -¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? Contesta! ¿A quién mirabas?

(Pausa)

Angustias. - Yo...

Bernarda. - Tú!

Angustias. - A Nadie!

Bernarda. - (avanzando con el bastón) ¡Suave! ¡Dulzarrona! (Le da)

Poncia. - (Corriendo) ¡Bernarda, cálmate! (La sujeta)

Bernarda. - ¡Fuera de aquí todas! (Salen.)

Poncia. - Ella lo ha hecho sin dar alcance a lo que hacia, que está francamente mal. Ya me chocó a mí verla escabullirse hacia el patio! Luego estuvo detrás de una ventana oyendo la conversación que traían lo hombres, que, como iempre, no se puede oír.

Bernarda. - ¡A eso vienen a los duelos! (Con curiosidad ¿De qué hablaban?

Poncia. - Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron a la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

Bernarda. - ¿Y ella?

Poncia. - Ella, tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

Bernarda. - ¿Y qué pasó?

Poncia. - Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

Bernarda. - Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

Poncia. - Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forastero. Los homb res de aquí no son capaces.

Bernarda. - No; pero les gusta verlo y comentarlo y se chupan los dedos de que esto ocurra.

Poncia. - Contaban muchas cosas más.

Bernarda. - (Mirando a un lado y otro con cierto temor) ¿Cuáles?

Poncia. - Me da vergüenza referirlas.

Bernarda. - Y mi hija las oyó.

PONCIA. ¡Claro!

BERNARDA. Ésa sale a sus tías; blancas y untosas que ponían ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

PONCIA. ¡Es que tus hijas están ya en edad de merecer! Demasiada poca guerra te dan. Angustias ya debe tener mucho más de los treinta.

BERNARDA. Treinta y nueve justos.

PONCIA. Figúrate. Y no ha tenido nunca novio...

BERNARDA. (Furiosa.) ¡No, no ha tenido novio ninguna ni les hace falta! Pueden pasarse muy bien.

PONCIA. No he querido ofenderte.

BERNARDA. No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?

PONCIA. Debías haberte ido a otro pueblo.

BERNARDA. Eso, ja venderlas!

PONCIA. No, Bernarda; a cambiar... ¡Claro que en otros sitios ellas resultan las pobres!

BERNARDA. ¡Calla esa lengua atormentadora!

PONCIA. Contigo no se puede hablar. Tenemos o no tenemos confianza.

BERNARDA. No tenemos. Me sirves y te pago. ¡Nada más!